

VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del
MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2015.

El semblante masculino y el cuerpo.

Thompson, Santiago.

Cita:

Thompson, Santiago (2015). *El semblante masculino y el cuerpo*. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-015/854>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/epma/Rt2>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL SEMBLANTE MASCULINO Y EL CUERPO

Thompson, Santiago

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

El presente trabajo procura destacar la reelaboración lacaniana de lo que Freud sitúa en su obra como las consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos, subrayando la incidencia del cuerpo en tanto soporte del semblante masculino. Se centra, entonces, en un movimiento en la enseñanza de Jacques Lacan que, a partir de la introducción del objeto a, pone en primer plano el deseo de la mujer y confronta al varón con la detumescencia. El recorrido está centrado en los seminarios 10 y 14 de Jacques Lacan.

Palabras clave

Falo, Hombre, Mujer, Goce

ABSTRACT

THE MALE SEMBLANCE AND THE BODY

This paper seeks to highlight the Lacanian reworking of what Freud calls in his work “the psychological consequences of the anatomical difference between the sexes”, regarding the impact of the body on the male semblance {semblant}. It focuses in a moment in the teachings of Jacques Lacan, which begins with the introduction of the object a, foregrounding the desire of the woman and confronting the male with detumescence. The paper sets its focus on seminars 10 and 14 of Jacques Lacan.

Key words

Phallus, Male, Female, Juisance

El *partenaire* amoroso, cuando este no puede ser reducido a la condición de semejante, supone una interpelación constante. Entre las diversas versiones de la falta de complementariedad entre los sexos y sus consecuencias psíquicas que podemos distinguir en la enseñanza de Lacan, tomaré como marco un movimiento por cual, en los años '60, reelabora lo que Freud situó en su momento cómo las consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. El recorrido apunta a destacar el modo en que el encuentro con una mujer supone saldos subjetivos que conmueven el semblante masculino.

La castración como precio

En el *seminario 10: La angustia* (1962-63), Lacan culmina un movimiento por el cual gradualmente el padre como agente de la castración va cediendo su lugar a las determinaciones anatómicas que marcan al hombre y la mujer. Mientras la mujer es caracterizada como “mucho más real y mucho más verdadera que el hombre” (Lacan 1962-63, 208), el varón queda ligado a la pérdida de la potencia, a la cobardía, al temor a perder.

En este contexto, la castración es releída en función del carácter tumesciente-detumesciente del órgano sexual masculino. Que el orgasmo coincida con el quedar fuera de juego en el varón, así como la cesión de un resto que implica la eyaculación, es lo que lo hace coincidir con la angustia. Mientras que del lado de la mujer, Lacan ubica que ella “se tienta tentando al Otro” (Lacan 1962-63, 207) Es el deseo del Otro lo que le interesa. Y hacer caer al varón en sus

redes supone el poder dejarlo fuera de juego.

El viraje desde un Edipo a medida del hombrecito, a este varón a la defensiva del *seminario 10*, parecer guardar relación con los cambios culturales que detonó la popularización de la pastilla anticonceptiva: cuando comenzó a dictarse el seminario, ya se escuchaba en las radios el primer single de *The Beatles*, anticipando el *flower power*, y la minifalda asomaba por las calles de París. Liberada la mujer del riesgo de un embarazo no deseado, la brecha entre la sexualidad y la reproducción se expande, ampliando el campo de la sexualidad femenina. Afirmar, como hace Lacan en el *seminario 10*, que “la mujer no tiene ninguna dificultad ni, hasta cierto punto, corre riesgo alguno buscando lo que es el deseo del hombre” (Lacan 1962-63, 218) tenía sus bemoles diez años atrás. En ese entonces, el padre podía ser un “padre genital”, pero la madre... mejor que deseara el niño, aunque más no sea para ser interdicta. Podemos ubicar entonces aquí una intervención de la ciencia sobre el cuerpo, con consecuencias subjetivas no menores.

En este seminario, Lacan pone el acento en cómo la mujer interpela al varón. Ella quiere su castración (es decir, la detumescencia) y eso implica la angustia en el varón. Sitúa, hablando el mismo como varón, que “si la mujer suscita mi angustia, es en la medida que quiere mi goce, o sea, gozar de mí. Esto, por una simple razón [...] de que no hay deseo realizable que no implique la castración. En la medida en que se trata de goce, o sea, que ella va a por mi ser, la mujer solo puede alcanzarlo castrándome”. Concluye entonces que, en relación con lo que constituye la clave de la función del objeto del deseo “lo que salta a la vista es que a la mujer no le falta nada” (Lacan 1962-63, 196). Se evidencia como, para sostener su relato, Lacan no vacila en tomar como apoyo la evidente diferencia anatómica entre los sexos:

“El hecho es que en este punto ella no tiene nada que desear. Quizás trataré de articular anatómicamente por qué. La analogía clítoris-pene está lejos de tener algún fundamento. Un clítoris no es simplemente un pene más pequeño, es una parte del pene, que corresponde a los cuerpos cavernosos.” (Lacan 1962-63, 196)

Más allá de los vericuetos de sus argumentos en este nivel, quiero destacar que Lacan define al hombre y a la mujer partiendo de sus diferencias anatómicas. Estas son una condición necesaria (aunque no suficiente) para ordenar el par hombre-mujer. Decir esto en otros ámbitos es una obviedad, pero el acento excesivo en el determinismo del significante, nos hace olvidar por momentos que el cuerpo también condiciona al ser hablante; cuestión que tomará toda su relevancia en los próximos seminarios.

La interpelación del sexo

Es interesante explorar el sesgo clínico que toma Lacan, en un momento de elaboración de lo que luego formalizara en sus conocidas fórmulas de la sexuación. La preeminencia de tal formalización en la transmisión de la enseñanza de Lacan hace que a veces nos perdamos la riqueza clínica que está presente en los eslabones intermedios. Tal es el caso de algunas clases del *seminario 14: La lógica del fantasma* (1966-67): Lacan vuelve aquí sobre las consecuen-

cias psíquicas de la diferencia anatómica entre sexos. Sostenido en la biología, se propone indagar “como puede jugar, un órgano tan local y en apariencia funcional como el pene, un rol donde podemos entrever la verdadera naturaleza de la satisfacción en la relación sexual”. Precisa al respecto que es “en tanto órgano, asiento de la detumescencia, que el sujeto puede tener la ilusión (seguramente tramposa, pero por tramposa no menos satisfactoria) de que no hay resto, [...] concierne al goce, ya que al mismo tiempo da su límite, en tanto que el goce estaría en el centro de la satisfacción sexual” (Lacan, 1966-67a). Entonces, el órgano sexual masculino, por un lado, genera la ilusión de que no hay resto del encuentro sexual, lo que se evidencia en el decir cotidiano: el encuentro sexual se puede reducir a “un polvo”, “un fierro” o “un pase”. Por otra parte, la detumescencia a su vez marca un límite muy preciso al encuentro y el goce. Esta indagación da lugar a una versión temprana de la no-proporción sexual. Lo heterogéneo de los goces masculino y femenino aquí es una consecuencia del carácter detumesciente del órgano sexual masculino. Lo que marca el encuentro entre los sexos con una brecha respecto del ideal del goce del Otro. Afirma en tal sentido que “es un hecho que al limitarnos a las funciones orgánicas nada sea más precario que este entrecruzamiento de los goces. Si algo nos revela la experiencia, es la heterogeneidad radical del goce masculino y del goce femenino, justamente por esto hay almas bondadosas ocupadas, con mayor o menor escrupulosidad, en verificar la estricta simultaneidad de su goce con el de su *partenaire*. ¡A cuanto fracaso de señuelos y embustes se presta!” (Lacan 1966-67a). El ser hablante es interpelado por el encuentro mismo en términos de goce, y siempre destinado al fracaso. Y es este fracaso el que funda, como sutura, la búsqueda del don del amor. Lacan ubica en esta vía que “se trata de otra cosa que de esa pequeña acrobacia erótica [...] si algo se funda alrededor del goce del Otro es porque la estructura que hemos anunciado hace surgir el espectro del don. Es porque no tiene el falo que el don de la mujer toma un valor privilegiado en cuanto al ser, se llama el amor, es el don de lo que no se tiene” (Lacan 1966-67a). Indica, entonces, que la-no-proporción-sexual no es “sutable” mediante la búsqueda denodada del goce del *partenaire* ni el ideal del orgasmo simultáneo, sino que esta falla a nivel del goce abre el campo del amor y el deseo. El goce que excede al falo no se sutura a nivel de un esfuerzo en la performance sexual, sino que esta brecha entre el goce fálico y el goce femenino se salda por el puente de la historización del encuentro; es decir, la historia de amor.

La coartada masturbatoria y el valor de goce

Si en el *seminario 10* la coartada respecto del encuentro sexual quedaba del lado del amor idealizado, en el *seminario 14* Lacan pone el acento sobre lo que la masturbación tiene de coartada respecto del encuentro con el otro sexo. Afirma en tal sentido:

“No basta decir que la masturbación no tiene nada de fisiológicamente nocivo y que es por su lugar en cierta economía subjetiva que toma su importancia. Diremos aún [...] que puede tomar un valor netamente hedonista [...] un fundamento de su bienestar.” (Lacan 1966-67 b)

Primera cuestión: la masturbación queda del lado de un bienestar que prescinde del encuentro con el *partenaire*. Lacan, evidentemente, no adhiere al sesgo religioso que trata a la masturbación como una desviación de la función reproductiva. Subraya que “está [...] fuera de juego alegar según la tradición moralista que la masturbación es culpable y aún un pecado grave diciendo que desvía

un medio de su fin, siendo el fin la producción de cristianitos [...]. Que sea llevar un medio al rango de fin no tiene nada que hacer en la cuestión tal como hace falta plantearla” (Lacan 1966-67b). Pero no por ello hace una apología del goce solitario, sino que apunta a otro nivel de lectura, lo problemático del encuentro sexual, respecto del cual la masturbación es una coartada:

“Al contrario debemos situarlo [al acto] por relación al pasaje del sujeto a la función significante, en ese lugar preciso y fuera del campo ordinario en el que nos acostumbramos con la palabra “acto”, en este punto problemático que es el acto sexual. Es decir, el pasaje del goce, ahí donde puede ser asido [...] por una cierta negativización [...] y poner en suspenso esto que podría llegar a formular de manera precisa: que este pasaje, en todo caso [supone] la introducción del goce en una función del valor.” (Lacan 1966-67b)

El acto masturbatorio queda puesto a cuenta de un pasaje al acto respecto del acto que implica en encuentro sexual. El encuentro del goce con el *partenaire* implica su negativización: entra en la lógica del más y el menos, en el campo del circuito deseo-castración. El goce se trasmuta en un valor; lo cual se evidencia cotidianamente en la observancia respecto de si hubo o no un orgasmo, que ya no es sólo goce propio, sino “homenaje” al *partenaire*. Lacan equipara esta puesta en valor con una transmutación del goce: “La experiencia [...] nos anuncia la correlación del pasaje de un goce a la función de un valor, es decir, su profunda adulteración” (Lacan 1966-67b).

El goce queda sensiblemente adulterado en función de la inmisión del *partenaire* en su recorrido. Lacan subraya que la castración “es referida como distinta de un goce autoerótico [...] lo que está en cuestión, este autoerotismo que podría tener un sentido preciso, el del goce local, manejable como todo lo local”. Subrayemos el carácter “manejable”. Entrar en el campo del encuentro entre los cuerpos, en cambio, implica quedar condicionado por el deseo del Otro. En la clínica contemporánea escucho a algunos obsesivos admitir sin rodeos: “Prefiero pajearme a coger”. Un paciente casado describía sus noches como una triple P: “Porro, porno, paja”. Su práctica preferida era enviar a terceros fotos de su mujer, que quedaba durmiendo sola en la habitación contigua. En otro caso, un adolescente evita los encuentros sexuales por miedo a fracasar, mientras se masturba -cuenta avergonzado- diariamente. La carencia de obstáculos al encuentro sexual pone en evidencia estos cortocircuitos de la sexualidad en el varón. Incluso el recurso a la prostitución pone en evidencia que se trata de un modo de volver manejable lo que de otro modo queda bajo el enigma del deseo del *partenaire*.

El encuentro con el *partenaire* introduce la cuestión de cierto pasaje, de un acto que abre al goce a un circuito más amplio. Tal acto implica, al menos, dos saldos subjetivos: por una parte, respecto asunción el semblante de uno de los sexos ante el *partenaire*. Un semblante masculino o femenino, es aquí lo que representa al ser hablante para el otro sexo. Por el otro lado, un saldo subjetivo del encuentro es lo que llamamos cotidianamente “tener química”, o “tener piel”: si hubo (o no) un encuentro prometedor entre ambos *partenaires*. La tensión generada por la espera de algún modo de “devolución” por parte del *partenaire* es una evidencia clínica: un mensaje vía celular con el texto “La pasé muy bien con vos”, o su ausencia, hacen toda una diferencia. Lacan insiste en distinguir estas dos cuestiones:

“Marquen dos registros distintos, a saber, que si en el acto sexual el hombre llega a hombre en su estatuto de hombre y la mujer lo

mismo, es otra cuestión que saber si se tiene sí o no que encontrar su *partenaire* definitivo, ya que se trata de eso cuando se evoca el encuentro.” (Lacan 1966-67b)

Los semblantes del hombre y la mujer quedan asociados a los saldos subjetivos del encuentro. En cada encuentro, el ser hombre o ser mujer se pone en cuestión. Entonces, es el encuentro sexual el que interpela a ambos *partenaires*, tanto en su “ser hombre” o “ser mujer”, como en el hecho de si al *partenaire* le resta o no el deseo de repetir la experiencia. En las parejas constituidas, las experiencias fallidas o bien la ausencia de encuentros, así como su frecuencia conmueven a veces los cimientos mismos de lo que se armó allí. Así, el acto sexual interpela de modo constante la comunión entre los *partenaires*.

El goce supuesto a la mujer

Por último, el goce supuesto a la mujer -luego llamado “goce Otro”- evidencia la heterogeneidad de goces. Dice Lacan que “en lo atinente al goce femenino; nos basta ubicarlo para inaugurar una dimensión que, aún si no hemos entrado por no poder, es esencial situarlo” (Lacan 1966-67b). El goce femenino abre la dimensión de aquello del encuentro que no entra en el lenguaje. Subrayamos ya el sustrato orgánico del complejo de castración, en cuanto Lacan lo asocia -sin que se agote en ella- a la detumescencia:

“Decir que hay complejo de castración, es decir, que la detumescencia no basta para constituirlo, es lo que hemos, con algún pesar, tomado el cuidado de afirmar al principio ese hecho de experiencia: que no es la misma cosa copular que pajearse.” (Lacan 1966-67b)

El goce supuesto a la mujer marca la brecha entre “pajearse” y el acto sexual. Es aquello que la satisfacción autoerótica elide. La detumescencia abre el campo de la suposición de un goce que no esté atrapado por ese límite preciso:

Afirma Lacan en tal sentido que la cuestión del valor de goce toma su punto de apoyo en la detumescencia, función que debe ser observada -afirma-, “aunque tengamos que pensarla sobre el plano fisiológico” (Lacan 1966-67b). La detumescencia evoca el límite del principio del placer. En el acto sexual -“por ser la característica del órgano peneano, en la medida en lo que ella soporta de goce es puesta en suspenso” (Lacan 1966-67b) -, está allí para ubicar que hay un goce más allá. Denuncia que el principio del placer funciona “como límite al borde de una dimensión de goce en tanto que es sugerida por la conjunción llamada acto sexual” (Lacan 1966-67b). Está aquí esbozado cómo el acto sexual introduce el horizonte de un goce más allá del límite que marca la detumescencia. Por ello, ubica que la función de la detumescencia puede representar en sí misma el negativo de un goce excesivo, de un goce ante el cual el sujeto escapa en tanto es correlativo con la castración, la que es percibida en el acto sexual como amenaza. Por lo que la detumescencia cumple una función de protección, tomada en entonces como un mal menor” (Cf. Lacan 1966-67b). En esta línea Lacan sitúa a la eyaculación precoz (a la que rebautiza como detumescencia precoz) y a la masturbación como formas de evasión del lado del varón. El punto conclusivo es que este goce femenino supone un más allá del principio del placer. La detumescencia queda entonces como guardián del hedonismo. El encuentro entre los cuerpos no pasa en su esencia por el principio del placer: en cuanto interpela a ambos sexos y confronta con la castración. Es esta la brecha que revela la cura analítica respecto del goce masturbatorio.

La castración abre el campo de un goce supuesto más allá, un goce que no está sujeto a la castración e interpela a ambos *partenaires*. En tal sentido, concluye Lacan que de la negativización que recae sobre “el goce del órgano de la copulación en tanto que define al presumido macho, a saber, el pene” (Lacan 1966-67b) surge la idea de un goce femenino. Enfatiza aquí: “he dicho surge la idea y no el goce. Es una idea, es subjetivo” (Lacan 1966-67b).

El goce femenino es leído desde la premisa fálica, donde no hay más goce que el goce Uno, como un supuesto. Mientras que para la mujer, la dimensión propia de lo hetero introduce la vertiente de un goce que se siente en el cuerpo y del que nada puede decirse. La indicación de este goce subraya la fragilidad de los semblantes masculino y femenino: en cuanto el varón está marcado por un cortocircuito respecto de este goce, presa de los límites del goce fálico. La mujer, en cuanto este goce se distingue por la falta de inscripción: no es mensurable y no entra, por lo tanto, en el campo de lo decible. De allí que Lacan insista con el (prudente) silencio que afecta a las analistas respecto de este goce supuesto a la mujer. La blasfemia de Tiresias de procurar mensurarlo, por más ventajosa que sea la comparación con el goce fálico, no puede sino repetir la operación de reducción al goce fálico, que replica la suposición de un campo de goce no inscribible. Por tal razón, los fenómenos corporales asociados al orgasmo femenino no habitan el lenguaje como lo hace la erección y la puesta fuera de juego del varón.

Procuré destacar aquí un movimiento enseñanza de Jacques Lacan que, a partir de la introducción del objeto *a*, pone en primer plano el deseo de la mujer que confronta al varón con la detumescencia, para luego ubicar las consecuencias de la falta de proporción complementaria entre los sexos desde la perspectiva del goce, así como una primera aproximación a la cuestión del goce femenino.

Mientras, en un primer momento de su enseñanza, Lacan intenta localizar la pregunta por el ser sexuado en términos significantes, en estos seminarios retorna a la idea freudiana de la incidencia de la diferencia anatómica entre los sexos. El cuerpo supone un condicionamiento, que no debe ser entendido como una determinación. El cuerpo, en definitiva, funciona como ese soporte ineludible del semblante masculino: en cuanto entra en el encuentro con una mujer marcado por el par tumescencia-detumescencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Lacan, J. (1962-63) El Seminario. Libro 10: La angustia. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1966-67a) El Seminario. Libro 14: La lógica del fantasma. Inédito. Clase del 1/3/1967.
- Lacan, J. (1966-67b) El Seminario. Libro 14: La lógica del fantasma. Inédito. Clase del 24/05/1967.